d) Es crucial promover la inversión cualitativa en capital humano.

Finalmente, e) es fundamental que el Estado establezca prácticas gubernamentales creíbles y eficientes a través del mejoramiento de la calidad de sus estructuras burocráticas, su sistema judicial y el abatimiento de los altos niveles de corrupción, crimen y violencia. La responsabilidad (*accountability*) y la transparencia del gobierno mexicano son claves para continuar con el éxito del modelo económico.

La segunda tarea consiste en reconocer que la modernización del sector privado se dará bajo el doble desafío de competir en la economía global y preservar las ventajas competitivas del mercado de América del Norte. En ausencia de un Área de Libre Comercio de las Américas, que no ha podido establecerse, México puede seleccionar pragmáticamente a sus socios comerciales en el hemisferio.

La tercera y última tarea que afecta el desarrollo del sector privado son los actuales esfuerzos por abrir el sistema político para hacerlo más competitivo y transparente. Para Roett, la reforma del Estado constituye la mayor prioridad. Si el Congreso gana más voz en la política económica y amplía su mandato, es previsible que se acelere la descentralización, lo que mejoraría la calidad de las instituciones locales; los gobiernos de los estados, las legislaturas estatales, los ayuntamientos pueden tener un papel más amplio en la toma de decisiones en el futuro inmediato. La transición del siglo XX al XXI en términos políticos afectará el sector privado. Si la transición es abierta y relativamente estable –aun si esto significa un cambio de partidos en el control del Ejecutivo en el 2000–, el sector privado se beneficiará de los flujos de capital. Si la transición es en cambio marcada por la incertidumbre y la violencia, el sector privado, como los demás sectores sociales, sufrirá las consecuencias.

Éstas son algunas de las principales ideas que se desarrollan con amplitud en un libro lúcido y polémico, en el que se presentan algunos de los principales desafíos que vivirá el sector privado en el México de este siglo XXI que comienza.

CARLOS ALBA VEGA

BARRINGTON MOORE, *Pureza moral y persecución en la historia*, trad. de Ignacio Hierro Grandoso, Barcelona, Paidós, 2001, 192 pp.

Hay libros que son oportunos, ya sea por la actualidad del tema, porque tratan una preocupación generalizada o, simplemente, porque aparecen en una circunstancia tal que pueden incitar a un debate de cierta profun-

didad. Pero no es fácil aplicar el adjetivo en el caso de *Pureza moral...* De correr con suerte en cuanto a difusión –lo cual es por entero fortuito–, no cabría duda de que todo ello será virtud de este libro, si no fuera tan incómodo y, por decir lo menos, desesperanzador. En su ojeada a los fundamentos culturales y los puntos nodales de la segregación occidental, cuyo origen sitúa con acierto en el Antiguo Testamento, dice Moore en las últimas líneas: “[...]poco después de finalizada la Segunda Guerra Mundial, nos pareció que todas las batallas contra las formas más virulentas de irracionalidad y de intolerancia habían sido ya libradas y habían acabado en victoria[...] Medio siglo después, con el regreso de los viejos fantasmas y con la creación de nuevos horrores, todo ese panorama parece que fue la gran ilusión del siglo XX”. Al momento de cerrar el libro, mal hará el lector en recordar el 11 de septiembre y sus catástrofes –por ambos frentes–, porque habrá deseado no haberlo leído, si quería abrigar esperanza alguna.

En efecto, no son más que fantasmas los que encontramos en el texto, de origen muy remoto, pero que no han cesado en sus apariciones en la historia; entre ellos, la “pureza moral” ha sido uno de los motores fundamentales del resto: la violencia, la persecución, la masacre de quienes sostienen ideas o costumbres distintas, que suponen una fuente de contaminación y que, por tanto, han de ser extirpadas quirúrgicamente –o sanguinariamente, si se carece de elegancia– para mantener el orden social.

Pero el concepto en sí no es peligroso. El momento y el lugar en que puede serlo es el tema de Moore, y su investigación apunta a probables respuestas que no por sencillas dejan de ser sorprendentes. Aun cuando en los fundamentos religiosos de las civilizaciones asiáticas pueden existir nociones claras de lo que es puro, no ocurre así con la idea de contaminación. Nada más que un mundo dicotómico hace falta para justificar el derramamiento de la sangre contaminada, y así purificar el mundo al evitar su propagación. Peor aún, el suelo fértil de tal premisa parece estar más cerca del mundo occidental –del mundo “civilizado”, se dice actualmente– de lo que comúnmente se piensa: el monoteísmo. De hecho, insiste el autor, no hubo nada similar a un proceso de purificación en estas culturas sino hasta que no fueron influidas por el mundo occidental.

La preocupación de Moore es la misma que embargaba Isabel I por la matanza de hugonotes en la noche de San Bartolomé, en 1572, y que hacía saber a Catalina de Médicis en una carta. “Quedo asombrada –le decía– de que el rey de Francia quiera cambiar el Decálogo hasta el punto de hacer que el homicidio deje de ser pecado.” En otras palabras, el tema es una de las más grandes paradojas que se puedan imaginar. ¿Cómo puede legitimarse, bajo el estandarte de la pureza, la conducta más reprochable y repulsiva desde cualquier punto de vista?

Pero el absurdo se disuelve en la revisión histórica; Moore se abre paso entre los velos del tiempo y se remonta, como es razonable, al modelo moral de la civilización occidental, el Antiguo Testamento. En sus prohibiciones se dibujan claramente las nociones de lo que los antiguos hebreos consideraban una conducta pura. Tan importante era mantenerla, que la propagación de la conducta impura justificaba en muchos casos el uso de la espada. Si se considera la circunstancia en que rigió y fue concebido tal código, será fácil comprender que su dureza se hacía indispensable para mantener la identidad de un pueblo minoritario, cuya expansión era incipiente, rodeado de sociedades paganas.

Con mucho, es ésta la explicación fundamental. Los antiguos hebreos no contaban con múltiples dioses que impartieran castigo o ayuda sin intermediario alguno. Por eso, su dios se mostraba más terrible y vengativo, y así también sus sacerdotes. Es decir, ya no se podía echar mano de la invocación de un dios para cada pena que fuera necesario llevar en hombros. Uno solo concentró en sí el monopolio de las virtudes religiosas. O se estaba con él, o se le ofendía inmensamente, pero ya no era una opción elegir el dios más conveniente para soportar el peso existencial de una determinada cuita. Así, resultó sumamente fácil la distinción entre lo que era y lo que no era puro. Bajo el principio de que lo impuro es contaminante, quedaba justificado todo tipo de ostracismo y segregación. Pero no sólo eso, también lo profano, que en principio debería de ser neutro, era contaminante, pues carecía de las características especiales de lo sacro –y esta misma idea permeó los fundamentos teóricos del terror de la Revolución francesa. Para los antiguos hebreos, la carencia de alguna distinción entre moralidad y religión –que sí existía en los cultos paganos– dio lugar a un monoteísmo en el que no había punto medio, plagado de justificaciones de la violencia. La venganza intolerante fue su herencia al cristianismo y por su mediación a la cultura occidental.

La característica fundamental y más angustiante del nuevo monoteísmo es, se intuye, que su cuerpo doctrinal de lo que es puro puede definirse por su opuesto, lo contaminado. Resulta claro que termina por ser la impureza la variable fundamental, lo que no ocurrió en las civilizaciones antiguas de Asia. De tal suerte, si algo es puro, ello se debe a que no está contaminado, y de tan sencilla aseveración surge una herencia fatal que nos persigue aún en este siglo. Cualquier sistema de creencias, sentencia Moore, que pretenda abarcar todos los aspectos de la vida –y tómesese por caso la definición de lo que es o no es puro, sea en el aspecto religioso, étnico o ideológico– arrojará herejías que han de ser devastadas para mantener el orden cósmico conveniente.

Por paradójico que parezca, el absurdo se puede llevar tan lejos que en

la justificación de la violencia el mantenimiento de la pureza pierda importancia frente a la extirpación de la herejía. Suele ocurrir que evitar lo impuro adquiriera mayor relevancia que el concepto propio de pureza, y ya el Antiguo Testamento, con su énfasis en los ritos, es muestra de ello, como lo fueron las guerras religiosas en la Francia del siglo XVI.

El paso del tiempo no dispó la amenaza. En la noche de San Bartolomé, como en el Carnaval de Romans, la masacre no tuvo, como a menudo se piensa, objetivos específicamente religiosos. Muchos católicos murieron a manos de sus correligionarios, e incluso niños se mataban y arrojaban por las ventanas entre sí. No fue meramente un intento de los católicos por amputar la contaminación hugonota. Junto con el rencor religioso, muchos odios se conjugaron: el de clases, la protesta económica, etc. No cabe aquí abundar en detalles, pero baste decir que lo que hizo posible que el pueblo francés diera rienda suelta a sus vicios más bajos fue que había enemigos visibles en ambos bandos. Aun cuando no fueran las diferencias religiosas la causa última, qué duda cabe de que, para un católico, no había hugonote bueno como no fuera el desterrado o, en el mejor de los casos, muerto, el estado más apacible de un sedicioso; así también, para los hugonotes no había católico que no fuera corrupto y, por tanto, no amenazara el orden social. Mientras que los católicos se habían alejado de las prácticas del cristianismo primitivo, los hugonotes las proclamaban como el modelo de virtud. Lo que para unos era la pureza para los otros era el vicio. Eran, pues, visibles los enemigos y muy útiles como pretexto para descargar de un solo golpe la ira acumulada, aun cuando la destrucción haya sido mucho más amplia.

Por eso, fueron ingenuos pensadores como Bodin, y en general el grupo de Les Politiques, al confiar en que, atenuando la visión religiosa del mundo y concediendo primacía a valores de tipo secular, se conseguiría la paz y el orden. El terror de la Revolución francesa no podría haber mostrado de manera más cruel la gravedad de su error —y tal pareciera que la lección no se aprende aún del todo. En este caso, el estandarte del compromiso revolucionario, que blandían los radicales como Hêbert, Robespierre y Saint-Just, podía justificar la guillotina pendiendo sobre la cabeza de los moderados. Se pensaba que, si la revolución fracasaba, los culpables serían individuos bien identificables, de cualidades morales cuestionables; cualquier fallo provendría de una conspiración que habría que desmembrar pasando por la cuchilla a los que no eran moralmente puros, a quienes podían traicionar la causa: aquellos que no se comprometían con la Revolución y eran, sin más, sus enemigos. Para la consecución de la sociedad revolucionaria y purificadora había que cortar las cabezas de quienes la hacían peligrar. La guillotina se volvía un instrumento quirúrgico ya no sólo

para extirpar lo despreciable, sino también para crear al hombre revolucionario, un efectivo medio de persuasión.

Resulta evidente, pues, que la violencia “purificadora” no es exclusiva de la visión religiosa del mundo. Dicho de otro modo, no es necesario ser un terrorista islámico para estar dispuesto a entregar la vida, y sacrificar muchas más, en el nombre de una idea. Ser occidental no exige de tal posibilidad, como el discurso hoy en boga tanto insiste. Por el contrario, no deja de ser inquietante que, hoy por hoy, cuando se suponía que se había recorrido buen trecho en un proceso civilizador, se hable de acabar con el “mal”, de la misma manera que lo hacían miles de católicos mientras pasaban a cuchillo a sus compatriotas hugonotes en la noche de San Bartolomé. Mientras se defina el concepto de pureza, o cualquiera que se le parezca o lo suponga, en términos de su opuesto, lo contaminado, poca posibilidad habrá de conciliación, y la violencia será inevitable.

Moore responde, así, a la reina Isabel. No es que el rey de Francia haya querido cambiar el decálogo. Simplemente, por terrible que parezca, los católicos no creían que estuvieran cometiendo crimen alguno. El sentimiento de “amenaza” que genera el enemigo exige casi inmediatamente de cualquier culpa. Su destrucción, por el contrario, no puede más que producir alivio, pues su presencia en el mundo cuestiona las bases de la identidad religiosa, moral y social del grupo. Se demoniza al contrario y se le priva de su calidad de humano. El católico que, cuchillo en mano, arrebató la vida a su compatriota, no hacía más ofensa a su pureza que la que ocasionaría matando a un animal salvaje. O, por lo menos, así operaba su conciencia. Con la Revolución francesa, el odio adquirió sus alcances reales. Nunca antes la persecución había surgido en el seno de la misma sociedad. Siempre se había considerado al contaminado como una especie de extranjero. La secularización de la idea de pureza moral la hizo más temible aún, y fue el fundamento de la persecución stalinista, maoísta, del patriotismo imperial japonés y del nazismo. Es claro, pues, que los peligros del monoteísmo a que se refiere Moore no están lejanos en el tiempo. En nuestros días, cabe todavía preguntarse si el mundo no seguirá poblado de demonios, y la respuesta, por brumosa, es inquietante. (“Dios vencido se convertirá en Satanás. Satanás vencedor será Dios”, sentenciaba Anatole France en *La rebelión de los ángeles*.)

Pocos investigadores hubieran aceptado entrar en brega con conceptos tan escurridizos. El de “moral” resulta particularmente esquivo. Si se utiliza en el sentido de *mores* (costumbres), habrá que poner atención en qué tanto arraigo encuentran en la sociedad, porque puede darse el caso, si es mucho, de que en los actos de los individuos se exprese no tanto la conciencia individual sino la social, como señalara Ortega —justo como su-

cede cuando uno saluda de mano a los concurrentes en una reunión, decía el filósofo español. Por eso, es probable que las acciones de los católicos, adoctrinados por generaciones, y de los antiguos hebreos, que aún no estaban muy familiarizados con el Antiguo Testamento, hayan tenido distintos sentidos. Al parecer, si Moore tomó para sí tan ardua tarea, ello se debe a que su interés está más en la reflexión que en las conclusiones definitivas o sistemáticas, que no pasan de ser, dice el autor en las primeras páginas, “golpes de fortuna”.

Sea como fuere, todo parece indicar que *Pureza moral...* ganará la absolución de la historia. Si los sobresaltos que ocasione son muchos, entonces habremos de citar a Max Weber en su defensa: “la primera tarea de un profesor es la de enseñar[...] a aceptar los hechos incómodos”, evadir “la necesidad que ciertos intelectuales modernos parecen sentir de amueblar, por así decir, sus almas con cosas viejas y de garantizada autenticidad”. Si es más su fortuna editorial, habrá que decir con Ciorán que “todo éxito es un malentendido”. Su única derrota posible será, sin lugar a dudas, no llegar a juicio, pasar inadvertido, si eso es posible para un intelectual de tal envergadura. Y, está claro, más perderá quien a ello contribuya.

IVÁN RAMÍREZ

ROBERT POLET *et al.*, *La Fonction publique dans l'Europe des Quinze*, Maastricht, Institut Européen d'Administration Publique, 2001, 356 pp.

Hoy en día tanto el estudio como la práctica de la administración pública se han vuelto actividades fundamentalmente comparativas. El conocimiento de diversas experiencias institucionales, e incluso de múltiples realidades nacionales, es una de las claves más importantes para comprender o develar las razones de los cambios y las permanencias que se presentan en nuestros aparatos administrativos.

Sin embargo, la visión comparativa en el estudio y la práctica de la administración pública no sólo resulta oportuna para entender nuestros fracasos, nuestros éxitos o nuestros dilemas organizacionales e institucionales. La mirada curiosa e inquisitiva que subyace en la comparación administrativa es, antes que todo, una magnífica e inagotable fuente de ideas, conceptos y propuestas. Por medio de una visión comparativa sistemática, continua y cuidadosa, el estudioso de la administración pública siempre podrá encontrar nuevas opciones de análisis, nuevos caminos para tratar